

Ciencia y cientificismo según Putnam

Abstract. *The aim of this paper is to present and discuss Hilary Putnam's recent criticisms of scientism, Quinean naturalism and scientific realism. The theoretical framework of the exposition is supported by Putnam's defense of an internal, pragmatic or natural realism. Against Putnam it is argued that there is nothing in scientific realism per se that must lead necessarily to scientism.*

Resumen. *El objetivo de este ensayo es presentar y discutir las críticas recientes de Putnam al cientificismo, al naturalismo quineano y al realismo científico. El marco teórico de la exposición se apoya en la defensa de Putnam de un realismo interno, pragmático o natural. En contra de Putnam se arguye que no hay nada en el realismo científico per se que deba conducir necesariamente al cientificismo.*

1. Introducción

Una de las controversias filosóficas más sugestivas de las últimas décadas ha girado en torno a la cuestión del realismo en el pensamiento de Hilary Putnam, a su vez, uno de los autores estadounidenses más importantes de la actualidad. Lo instructivo de dicho debate puede verse desde distintos ángulos: desde el de la vetusta pero siempre interesante polémica 'realismo versus antirrealismo'. Desde el que ofrece el renacimiento de tesis pragmatistas y su absorción parcial en el conjunto de la tradición analítica. Desde el ángulo también de la relación entre la posición realista y los propios compromisos filosóficos de los científicos naturales. Finalmente, des-

de el ángulo que ofrecen las ideas de esa variante más reciente del realismo conocida como 'realismo científico', con el propósito de dar cuenta satisfactoria de los objetivos y contenidos de la ciencia. En este ensayo sobre ciencia y cientificismo en el pensamiento putnamiano, se intenta hacer justicia, directa o indirecta, a esos diversos ángulos, todos válidos, de visualizar el tema del realismo.

Ahora bien, el ángulo teórico que recibirá la atención preferencial en este trabajo es, como ya lo anuncia su título, la crítica de Putnam a la tendencia o ideología cientificista. Será desde ahí que se proporcione entonces, en la cuarta sección, una somera reconstrucción del tema del realismo en la filosofía putnamiana, y un examen del fenómeno cientificista a la luz de los supuestos de la última variedad del realismo apadrinada por Putnam. Esta variante, llamada por él mismo "pragmática o natural", ofrece un enfoque realista "con rostro humano" que busca incluir tanto aquellos elementos que todavía se conservan de lo que Putnam defendió hace algunos años bajo el nombre de realismo interno, como los más recientes, que ahora han dado lugar a su propuesta de uno natural. Es a partir de dicha modalidad pragmática, pragmatista o natural del realismo que han de estimarse algunas de las opiniones o juicios de Putnam, presentados en la tercera sección, acerca de temas característicos en la obra de Willard v. O. Quine, un autor que habría sucumbido especialmente, según Putnam, al empuje del cientificismo.¹

Es oportuno aclarar, con relación al dictamen general de Putnam sobre la obra de Quine, que en este trabajo se consideran justificados

varios de sus reparos al modo quiniano de enfocar ciertos problemas. Se cree efectivamente que en los territorios quinianos sopla una fuerte brisa cientificista —cuya intensidad, según se ha observado, ha ido *in crescendo* desde los años sesenta del siglo pasado—, lo cual da pie para tomar seriamente en cuenta el juicio putnamiano acerca de Quine como “el último y más grande de los positivistas lógicos, a pesar de sus críticas al movimiento.”² (Putnam 1990: 269) Sin embargo, lo cierto es que también hay otras afirmaciones quinianas que pueden conectarse bastante bien con la propia cautela expresada por Putnam ante intentos por otorgarle un estatus injustificadamente privilegiado a la racionalidad científica. Es por ello que respecto de la crítica de Putnam al cientificismo de Quine deben establecerse importantes distinciones. En la quinta sección se esbozan algunos puntos de vista de otros autores que, o bien podrían ser considerados más claramente como cientificistas (incluso más que Quine), o bien como realistas científicos *moderadamente escépticos* (una especie filosófica en apariencia inexistente para Putnam). Por último, en la sexta sección se ofrece una síntesis de las principales conclusiones alcanzadas.

De momento, y antes de introducir la postura putnamiana frente a algunos temas quinianos que él considera ejemplos sobresalientes de inclinaciones cientificistas, resulta conveniente agregar algo más a lo sugerido en torno al contenido propiamente dicho del cientificismo. Así, se comenzará presentando, en la segunda sección, cuatro caracterizaciones particularmente claras de esa tendencia. La incursión conceptual será de utilidad con el objeto de calibrar mejor qué rasgos de dicho movimiento cabe descubrir con justicia, a criterio de Putnam, en la influyente obra de Quine.

2. Elementos del cientificismo

Aunque a veces se pretende localizar las raíces del cientificismo tanto en la Revolución científica de los siglos XVI-XVII —atribuyéndole en especial a Francis Bacon un papel protagónico en su generación y difusión—, así como en el proyecto general de la Ilustración del siglo XVIII, con su afán enciclopédico amparado por el triunfo del

sistema newtoniano, lo cierto es que resulta más provechoso volver la mirada a la densa atmósfera finisecular del XIX, para detectar una corriente cientificista, positivista y anti-metafísica mucho más vigorosa y diferenciada, por ejemplo, de un simple estupor ante los logros científico-tecnológicos. Un ejemplo eminente de esa época (caso extraño, divertido y absurdo a la vez) lo ofrece Wilhelm Ostwald, científico alemán ganador del premio Nobel, quien en 1905 abogó nada menos que por una teoría energetista —pues para él ‘energía’ era la palabra mágica— de la felicidad humana. Según lo explica en su reseña Hakfoort: “El corazón de esta teoría era una fórmula expresada matemáticamente: $G = (E + W) (E - W)$. Aquí G es el grado de felicidad, E la cantidad de energía gastada voluntariamente, y W la energía ejercida involuntariamente.” (Hakfoort 1995: 375. De paso, la idea de Ostwald habría tenido un antecedente en el célebre cálculo de placeres y dolores de Maupertuis) No siempre cayendo en los excesos extravagantes de Ostwald —pero tampoco no siempre evitándolos—, el cientificismo continuó barruntando durante el siglo XX una solución científica general a los más variados problemas culturales y morales de la humanidad. Pero, ¿qué se entiende a fin de cuentas por ‘cientificismo’? Compárese las siguientes respuestas, ordenadas cronológicamente:

Al inicio de su relato sobre los orígenes históricos del cientificismo (que él retrotrae inclusive hasta el período medieval), John Wellmuth afirma que por ‘cientificismo’ (*scientism*) ha de entenderse “la creencia de que la ciencia, en el sentido moderno del término, y el método científico descrito por los científicos modernos, ofrecen los únicos medios naturales confiables para adquirir el conocimiento que pueda estar disponible acerca de lo que es real.” (1944: 1-2) Aunque de dicha caracterización pueden derivarse otros rasgos más específicos, Wellmuth piensa que hay uno en especial que se mantiene constante en cada manifestación histórica de la tendencia cientificista. Dicho rasgo tiene que ver directamente con el estatus cognitivo de la actividad filosófica. Así, desde el cientificismo se cree que “o la filosofía debe hacerse científica ajustándose a los métodos e ideales de alguna ciencia particular, o

que la función de la filosofía es correlacionar y de ser posible unificar, después de haberse librado de gastadas nociones metafísicas, los hallazgos de las otras ciencias por medio de una generalización sobre la base de estos hallazgos.” (Ibid: 4-5)

Más recientemente, Tom Sorell, en el marco de un valioso estudio sobre las características e implicaciones culturales del científicoismo, asevera que éste equivale a “la creencia de que la ciencia, en especial la ciencia natural, es, con mucho, la parte más valiosa del saber humano. ‘Con mucho la parte más valiosa’, porque es la más autorizada, o seria, o beneficiosa.” (1993: 11) Como explica este autor, por lo menos desde el siglo XVII numerosos filósofos han considerado que transformar (en ciencias) disciplinas como “la moral, la historia, la política, la estética o el estudio de la mente humana (...) supone un triunfo.” (Ibid: 11) El científicoismo disfrutó de un resurgimiento a comienzos del siglo XX con el programa neopositivista para la unidad de la ciencia, y más recientemente, en opinión de Sorell, con la misma propuesta quiniana de una “epistemología naturalizada”. Así, no es casual que el “nuevo [científicoismo] en filosofía [sea] una clase de naturalismo”.

En un tono similar, Nicholas Rescher ha advertido sobre el peligro de extender ilegítimamente la supremacía que la ciencia disfruta —con justicia— en su propia esfera, hacia otras áreas, por ejemplo de tipo afectivo, sentimental o emocional. Pese a su importancia, la ciencia, como lo ha observado L. Kolakowski en el curso de su crítica al “positivismo científico”, no es una “actividad autosuficiente, que agota todos los modos posibles de asimilar el mundo de forma intelectual.” (Citado por Rescher 1999: 112) Justamente por eso es que Rescher invita a no exagerar “las pretensiones de la ciencia hasta el punto de mantener que tiene ‘todas las respuestas’ sobre la condición del hombre, el sentido de la vida o los asuntos de política social”. (Ibid: 111) Hacerlo es sucumbir a una “visión hinchada” de la ciencia, perjudicial para ella y para la propia racionalidad. En ese sentido, como él lo explica, el científicoismo representa una desfiguración de los verdaderos propósitos de la empresa científica: “El teórico que mantiene que la ciencia lo es todo y

finaliza todo (...) es un ideólogo con una doctrina distorsionada y peculiar de su cosecha. Para él, la ciencia ya no es, por más tiempo, un sector del quehacer cognitivo, sino una imagen del mundo que lo incluye todo. Ésta no es la doctrina de la ciencia, sino del científicoismo (*scientism*), adoptar esta posición no es celebrar la ciencia, sino deformarla arrojando el manto de su autoridad sobre cuestiones a las que nunca pretendió atender.” (Ibid: 112. Se volverá sobre otras ideas de este autor en las Conclusiones del trabajo)

Finalmente, León Olivé ha escrito acerca de la necesidad de denunciar lo que él llama el científicoismo como ideología. Este autor entiende por científicoismo “la doctrina que supone que todas las respuestas correctas a preguntas que nos importan vendrán dadas por la ciencia, y que dogmáticamente recurre a la ciencia como autoridad.” (2000: 61) Nótese que la caracterización de Olivé es, por lo menos en el acento, mucho más fuerte que las anteriormente citadas. El científicoismo desfigura los propósitos y logros reales de la ciencia a favor de una imagen irreal pero conveniente, muchas veces, para intereses extra-científicos. Es que para Olivé, el científicoismo “extrapola indebidamente del hecho de que la ciencia ha elaborado las formas más confiables que conoce la humanidad para poner a prueba los conocimientos, y diseñado prácticas muy exitosas para intervenir en la realidad y transformar el mundo, a la idea de que la ciencia es todopoderosa y constituye una autoridad indiscutible.” (Ibid: 61)

Los cuatro enfoques presentados permiten formarse una idea bastante clara respecto de lo que está implicado en la ideología, mentalidad o doctrina científicoista. Dado que la segunda mitad del siglo XX ha presenciado, bajo el amparo de un inusitado desarrollo tecnológico, un renacer de tendencias científicoistas y tecnocráticas —tanto dentro de la ciencia como en la propia filosofía—, habrá que ver cuánto de su contenido puede encontrarse también, según la perspectiva realista reciente de Putnam, en el espíritu general de un autor que él estima ejemplo llamativo de aquella ideología: Quine. Sobre la base de este ejemplo concreto, se procederá luego a examinar el sitio ocupado por el científicoismo en el contexto de evolución del realismo putnamiano.

3. Putnam y Quine

Son tan numerosas y significativas las referencias a Quine en la obra general de Hilary Putnam, que sería imposible repasar aquí todos los argumentos y problemas involucrados en cada una de ellas. No en vano Putnam considera a Quine no sólo como una de sus mayores influencias intelectuales, sino del todo uno de los filósofos más importantes del siglo XX. Afortunadamente no es necesario intentar aquí semejante exposición exhaustiva. Bastará seleccionar algunos temas quiniados de particular relevancia para los propósitos más restringidos del presente trabajo. Así, para la presentación de los argumentos de esta sección se adoptará como guía principal el artículo de Putnam titulado “El más grande positivista lógico”, del año 1988 (“The Greatest Logical Positivist”, incluido en Putnam 1990, 268-77). En este trabajo, originalmente una reseña de la obra de Quine *Quiddities* (1987), Putnam hace explícitos tres puntos en especial que marcan su desacuerdo con el primer autor (cfr., para lo que sigue, sobre todo: 275-77):

a. “*El estatus privilegiado de oraciones de observación*”. Putnam considera que el énfasis quiniado sobre el significado de oraciones observacionales, implica la concesión a éstas de un estatus que no armoniza muy bien con su propia célebre crítica a la distinción entre lo analítico y lo sintético (uno de los “dos dogmas del empirismo”). Según dicha crítica, no cabe establecer una distinción fundamental entre enunciados analíticos, verdaderos sólo en razón del significado de sus componentes, y enunciados sintéticos, verdaderos por consideraciones estrictamente fácticas. Pareciera que lo que Quine intenta decirnos en sus trabajos más recientes, afirma Putnam, es que dichas oraciones observacionales sí dan cuenta, después de todo y en virtud de su contenido, de los hechos verdaderamente reales, los “*real facts*” del mundo.

Hay que reconocer que esta llamada de atención de Putnam no es antojadiza. Como se sabe, Quine piensa que la noción misma de ‘observación’, otrora base privilegiada de los neopositivistas con el propósito de garantizar la solidez de la evidencia científica, debe ser abandonada. El

acopio de datos observacionales como evidencia de las teorías colapsa bajo el peso de la indeterminación de aquellas por los datos. Por ello es que se requiere configurar una visión que prescinda de intermediarios en la subjetividad —la visión epistemológica ‘representacional’ que el propio Putnam critica por asentarse en una imagen interfaz de la percepción— y que localice el fundamento de la predicción científica de fenómenos simplemente en el estudio de estímulos sensoriales recibidos por los sujetos. Esto último daría testimonio fiel, según Putnam, del deseo científicista quiniado (un resabio empirista dogmático) por alcanzar algún tipo de nivel fundacional mínimo, un estrato básico de inteligibilidad que pueda garantizar, por ejemplo, que al usar dos sujetos dos oraciones diferentes condicionadas por el mismo tipo de estímulo sensorial, puedan ser capaces de reaccionar de forma idéntica ante éste, y de dotar a ambas en lo sucesivo de un mismo significado (independiente del contexto original de surgimiento del estímulo en mención).

b. “*El punto de vista de Quine acerca de la verdad y la comprensión*”. Aquí sale a relucir según Putnam otro importante lastre positivista de Quine. El intento de éste por sentar las bases de un sistema de expresión y pensamiento cognitivamente legítimo, que a su vez tenga como objetivo casi único la generación de estados dispositionales adecuados para realizar predicciones acerca del futuro, representa un claro ejemplo de la herencia empirista de su autor. Con esta idea Quine se aleja un paso más de lo que Putnam llama la perspectiva del sentido común, en la medida que, por ejemplo para Putnam, “cuando digo ‘César cruzó el Rubicón’ estoy haciendo una afirmación verdadera, y llamar verdadera a la oración es describir una propiedad genuina a la oración, no meramente hacer un ruido que es equivalente al ruido original de acuerdo a las reglas de algún sistema.” (Ibid: 276) Por el contrario, en el caso de Quine, la noción de verdad ha de entenderse dentro de los límites circunscritos por ingredientes observacionalmente neutros representados por estímulos sensoriales más o menos universales. Así, tal y como lo explica Putnam: “Comprender [la verdad] de una oración observacional —para

Quine— es estar condicionado de tal manera que las estimulaciones sensoriales apropiadas impulsarán el asentimiento de la oración. Y comprender una oración no-observacional es dominar su papel en el sistema.” (Ibid: 271) De ese modo, añade Putnam, juzgar como verdadera una oración desde el punto de vista quiniario, no implica otra cosa que aceptar como válida la función cumplida por ella “en el sistema que uso para predecir.” (Ibid: 271)

Esta última idea representa una concesión conductista del enfoque de Quine que Putnam rechaza, pues aunque él puede compartir el repudio quiniario a los intermediarios de la subjetividad —llámense *sense data*, por ejemplo—, no puede sin embargo seguir a Quine en su reducción del ámbito de la comprensión lingüística a un patrón más o menos mecánico de estímulos y respuestas sobre la base de oraciones ligadas, como dice este último, a una determinada “gama de estímulos”. Pero tal consecuencia es la que ciertamente apoya Quine, como lo ponen de manifiesto sus palabras: “Además, cada vez que se diera un estímulo perteneciente a la gama adecuada, la oración debería provocar el asentimiento o el disenso inmediato del sujeto, sin necesidad de indagación posterior y con independencia de lo que el individuo estuviera haciendo en ese momento.” (1992: 19)

c. “*El énfasis de Quine en la predicción*”. Putnam afirma que la “devoción de Quine hacia el empirismo se revela con gran fuerza en su énfasis sobre la predicción como la sola ‘evidencia’ última para todo. Según Quine, los enunciados matemáticos, por ejemplo, sólo se justifican en la medida que ayuden a realizar predicciones exitosas en física, ingeniería, etc.” (Putnam 1990: 276) Putnam considera que dicha concepción limitada de la práctica matemática es insostenible, pues los seres humanos, explica, “tenemos otros muchos intereses cognitivos además de la predicción, y, en consecuencia, muchas más clases de justificación que las incluidas en esta estrecha noción de ‘evidencia’.” (Ibid: 276)

La crítica anterior de Putnam es correcta y el propio Quine ha moderado más recientemente sus opiniones al respecto asegurando que existen, además de la predicción exitosa de estímulos, otros objetivos igualmente legítimos y valiosos

de la ciencia, como la comprensión no manipuladora de la realidad. Los cimientos sobre los que se monta toda empresa cognitiva desde un punto de vista científico-natural son, sin embargo, los mismos: oraciones observacionales, éstas siguen constituyendo los medios de los que “nos valemos para expresar verbalmente la predicción que nos permite comprobar la validez de la teoría.” (Quine 1992: 22)

Como ya fue anticipado, y como queda claro a partir de los puntos precedentes, la crítica de Putnam a Quine se enfoca principalmente contra algunos peligrosos brotes científicistas y reduccionistas extremos que él percibe en la obra quiniaria. Desde ésta, la teoría del conocimiento *como* epistemología y la ciencia son disciplinas con fronteras movedizas, y la naturalización —en apariencia inevitable— de la primera supone un intento de fundir ciertos conceptos fundamentales del vocabulario filosófico con el tipo de “postulados” (“posits”) característicos, en opinión de Quine, de la segunda. En efecto, desde el punto de vista quiniario la opinión que tiene primacía es que “las ciencias tienen un monopolio sobre la explicación teórica legítima”, de modo que la epistemología tradicional se convierte en una disciplina dispensable, que a la larga ha de ser sustituida, no meramente complementada o enriquecida por la psicología empírica (el texto clásico es, por supuesto, Quine 1969). Esto último ha dado pie para que algunos se refieran críticamente al naturalismo quiniario como un “*cientificismo de sustitución*”, uno cuya obligación es demostrar que la epistemología naturalizada es ella misma una respetable hipótesis científica. Sin embargo, se ha observado, en este intento no solamente falla, sino que se auto-anula, por cuanto ella misma desea presentarse también como una hipótesis filosófica *previa* a la indagación científica.³

Al enlazar varios de los puntos anteriores podría conformarse una imagen de Quine bastante coherente con la compuesta por Putnam; se trata de la imagen científicista usual de búsqueda de inclusión definitiva de la epistemología en la psicología empírica y científica. No es casual que Putnam perciba en todo ello el vigoroso compromiso empirista que no ha hecho más que intensificarse

—en esto tiene razón Putnam— en los últimos trabajos de Quine. Como éste escribe, por ejemplo, en *La búsqueda de la verdad*: “La objetividad de nuestro conocimiento del mundo externo sigue descansando sobre nuestro contacto con el mundo externo y, por tanto, sobre aquello que penetra por nuestras redes nerviosas y sobre las oraciones observacionales con que reaccionamos ante esa entrada.” (1992: 63)

Sin embargo, las cosas, por suerte o por desgracia, no suelen ser tan simples. Desde otra interpretación alternativa, tal vez menos crítica, cabría decir del enfoque quiniiano que su tendencia es hacia una modalidad un poco más restringida de cientificismo. Esto es, el propio Quine se cuida de generalizar tal cientificismo para todo ámbito del conocimiento. Parece que Putnam no considera esta ambivalencia, si se quiere llamar así, de Quine respecto de la validez de lo que él llamaría, siguiendo a Wittgenstein, un “juego de lenguaje” (el de la ciencia) entre otros “juegos del lenguaje” posibles. Así, en un texto clave para apoyar lo anterior, Quine arguye que él no considera normativa su “afirmación de que las predicciones son las aduanas que regulan la admisión al país de la ciencia. La veo más bien como la definición de un cierto juego de lenguaje (...): *el juego de la ciencia, distinto de otros juegos de lenguaje respetables como la novela de ficción o la poesía.*” (1992: 43. Cursivas añadidas, A.R.R.) Con todo, y dado que afirmaciones como esas son más bien parcas en la obra de Quine, Putnam no está del todo desubicado al argüir que el enfoque naturalista quiniiano no sería, en un análisis final, más que un ejemplo, con todo y lo brillante que se quiera, del modo en que las sociedades más desarrolladas de Occidente han optado por concederle un valor desmedido a la racionalidad científica, y al conocimiento fruto de su ejercicio sistemático. Él mismo propone considerar los antecedentes intelectuales de dicha actitud, una que ha adquirido preeminencia en gran parte de la filosofía contemporánea:

“Lo que estoy sugiriendo es que, dado el elevado prestigio que la ciencia tiene en nuestra cultura, y dado el ocaso de la religión, de la ética absoluta y de la metafísica transcendental [*sic*], era de esperar la aparición en nuestra cultura de una

tendencia filosófica hipnotizada por el éxito de la ciencia hasta tal punto que no podía concebir la posibilidad del conocimiento y de la razón fuera de lo que nos complace llamar ‘ciencias’.” (Putnam 1988: 184) Precisamente, el pensamiento de Quine estaría, pese a ciertos reparos y puntos ambiguos, bajo el poder hipnótico del cientificismo. Sin embargo, aparte de la epistemología naturalizada de tipo quiniiano, Putnam también visualiza la nefasta influencia cientificista en otros ámbitos —de ascendencia realista científica y metafísica— de mayor boga intelectual, como la ‘neurofilosofía’ y la ciencia cognitiva.

4. Los realismos de Putnam

Las objeciones planteadas por Putnam a ciertas tesis quiniianas surgen de su propio viejo interés por restarle la mayor influencia posible a la corriente cientificista, una que recorre a su criterio, a veces claramente en la superficie, otras en forma subterránea la cultura occidental. Dicho interés se concreta en la propia posición ‘realista’ elaborada por Putnam en el transcurso de varias décadas. Así, el actual realismo putnamiano, pluralista y anticientificista, representaría la respuesta más clara posible de su proponente a los excesos a que ha conducido el llamado realismo metafísico o científico. La alianza de tesis empiristas o neopositivistas con otras realistas científicas —alianza que Putnam sugiere es especialmente llamativa en Quine— se constituye en el archí-enemigo filosófico del realismo putnamiano en sus últimas versiones. Previo a una valoración crítica de semejantes ideas, se procederá de seguido a ofrecer una síntesis comentada de la evolución de Putnam en torno al tema del realismo. Se tomarán en cuenta las tres principales variantes de realismo (*metafísico, interno y natural*) defendidas sucesivamente por Putnam desde la década de los setentas del siglo pasado al presente.⁴

a. *Realismo metafísico*: durante buena parte de su carrera filosófica, Putnam defendió una sólida perspectiva realista metafísica o científica, la misma que luego él mismo se encargaría de criticar duramente. De esta manera, al inicio de una antología de artículos, en el que su autor reconoce

la visión realista imperante en todos ellos, se encuentra una clara presentación de los ingredientes de tal perspectiva: “los enunciados de la ciencia son (...) verdaderos o falsos (aunque a menudo se da el caso que no sepamos si una cosa o la otra) y su verdad o falsedad no depende de que sean modos muy derivados de describir regularidades en la experiencia humana. La realidad no es parte de la mente humana; más bien la mente humana es una parte —y una muy pequeña— de la realidad.” (1975/79: vii) La caracterización putnamiana del realismo metafísico o científico es compatible con la ofrecida más recientemente por Howard Sankey. Según este autor, el realismo científico consta de las siguientes tesis (cfr., para lo que sigue, Sankey 1998: 33):

i. “La meta de la ciencia es descubrir la verdad acerca del mundo, y el progreso en ciencia reside en el progreso hacia la verdad”. ii. “Las entidades inobservables postuladas por las teorías científicas han de interpretarse de forma realista como entidades genuinamente existentes, antes que como ficciones convenientes o instrumentos de predicción.” iii. En tercer lugar, de acuerdo a Sankey, los realistas científicos no sólo son realistas en lo tocante al estatus particular de las entidades teóricas, sino en forma general respecto de la existencia de “una realidad objetiva que existe independientemente de la actividad cognitiva humana.” iv. Otra tesis central del realismo es la *objetividad*. Con ella se asume que “la verdad o falsedad de una afirmación empírica o teoría depende de la forma en que se dan las cosas en el mundo, antes que de las creencias que los científicos tienen acerca del modo en que se da el mundo.” v. “*Verdad por correspondencia*. La verdad ha de entenderse como una correspondencia entre enunciado y realidad, de forma tal que un enunciado es verdadero si y solo si lo que el enunciado dice corresponde con los hechos.” El resumen de tesis realistas propuesto por Sankey merece ser complementado con un pasaje del ensayo putnamiano de inspiración realista, “What is Mathematical Truth?”. En éste, su autor asevera inequívocamente que “los términos en las teorías científicas maduras típicamente refieren (...), que las teorías aceptadas en una ciencia madura son de forma típica aproximadamente

verdaderas, que el mismo término puede referir a la misma cosa, incluso cuando aparezca en teorías diferentes.” (Incluido en 1975/79: 73)

Es sugerente comparar las ideas anteriores de Putnam con las que aparecen en la versión publicada de sus Conferencias John Dewey de 1994. En dicha versión, elaborada ya desde la actual perspectiva realista interna-natural, Putnam ensaya una nueva caracterización del realismo metafísico que para nada disimula su carácter destructivo de cara a una posición, la realista, que su antiguo defensor califica ahora de extravagante “fantasía metafísica.” Según esta “fantasía” incoherente y desmesurada respecto de la condición cognitiva humana, “existe una totalidad de ‘formas’, ‘universales’ o ‘propiedades’ fijas de una vez y para siempre”, y en ella “todo posible significado de una palabra se corresponde con una de estas ‘formas’, ‘universales’ o ‘propiedades’”. La estructura de todos los pensamientos posibles está fijada de antemano; fijada por las ‘formas’.” (Putnam 2000: 51) ¿Qué elementos incidieron para un cambio tan radical de opinión acerca del realismo metafísico o científico por parte de Putnam?

b. *Realismo interno*: la creciente insatisfacción de Putnam con el realismo metafísico o científico, está asociada con lo que él percibió como una creciente tendencia hacia el absolutismo cognitivo por parte de algunos de sus representantes. Parece ser, en efecto, que Putnam creyó detectar en varios de sus contemporáneos realistas una pretensión científicista para nada compatible con su propia conversión a una postura eminentemente amplia, pluralista y tolerante de otras aproximaciones cognitivas a lo real, es decir, distintas de la estrictamente científica (en su caso específico, por ejemplo, el judaísmo). Si al comienzo de su carrera como realista científico, Putnam se unió a la tarea conjunta por combatir el fenomenismo e instrumentalismo de extracción neopositivista, luego él mismo va a promover la tarea de combatir los excesos de su bando realista original. De cómo el propio realismo científico sucumbió también, al igual que el empirismo lógico, a la tentación científicista, lo explica Putnam haciendo mención de dos enfoques realista-científicistas nacidos de la capitulación ante dicha tentación:

En primer lugar, Putnam se refiere al “pancientificismo” como aquella posición que sostiene “que los problemas filosóficos están destinados, al final, a ser resueltos por el progreso de las ciencias naturales, y que lo mejor que el filósofo puede hacer es anticipar ese progreso y sugerir cómo las ciencias pueden resolverlos.” (Putnam 1997: 183) Es muy posible que aquí Putnam estuviera pensando específicamente en Quine y su epistemología naturalizada, aunque es interesante que no lo nombre a él (¿quizá justamente porque Quine *no* es un realista científico!) ni a ningún autor en particular. En segundo lugar, la siguiente corrupción del realismo científico la califica Putnam –tomando la expresión prestada de uno de sus proponentes, Simon Blackburn–, de “casi realismo” (“*quasi-realism*”). “Esta posición –explica Putnam– no afirma que todos los problemas filosóficos serán resueltos por la ciencia natural, pero mantiene que la descripción completa de la realidad como es ‘en sí misma’ es dada por la ciencia natural y, en la mayoría de las versiones de la posición, por la *física*.” (Ibid: 183)

Exactamente contra tales excesos cientificistas del realismo científico es que Putnam va a dirigir toda su artillería filosófica *internalista*. Se trata de combatir la idea de que el realismo científico o metafísico (también llamada por él perspectiva *externalista*), es capaz de representar el mundo como “una totalidad fija de objetos independientes de la mente”. (1981: 49) Esta creencia ilusa pero peligrosa, arguye Putnam, hace del ser humano un Sujeto privilegiado, capaz de contemplar el mundo y sus procesos desde ninguna parte, como si poseyera el “ojo de Dios”. Es decir, de una forma del todo independiente tanto de sus poderes cognitivos, como de sus intereses idiosincrásicos o culturales. Pero lo cierto es que en ninguna parte existe un Sujeto con tales cualidades. Por eso es que hay que reconocer que la pregunta acerca de la constitución de la realidad “solamente tiene sentido formularla *dentro* de una teoría o descripción” específica o contextual. (Ibid: 49) La obsesión realista por encontrar la teoría que calce o corresponda con el mundo ‘tal y como es’, no sólo es, para Putnam, una ilusión incoherente, sino riesgosa, en cuanto comporta casi automáticamente el error capital realista-

cientificista. Éste radica en pensar que la ciencia natural (en especial la física) está capacitada para ofrecer en verdad una auténtica “concepción absoluta del mundo”.

Putnam ha insistido de las formas más variadas en que el giro hacia el realismo interno, con su ataque frontal al realismo científico y metafísico, no significaba una claudicación ante el relativismo y escepticismo totales. La defensa de un original enfoque realista *cum* relativismo moderado es el tema central de sus Conferencias Paul Carus de 1985, para Putnam es claro que se “puede ser *al mismo tiempo* un realista y un relativista conceptual.” (1994: 61). En dichas Conferencias, Putnam prosigue su pugna contra el factor cientificista, siempre al acecho detrás de la fachada aparentemente inocua y aséptica del realismo científico, tanto en su versión pancientificista como en la de corte fiscalista. Se trata de lograr que el ser humano despierte del desorientador sueño realista metafísico, “el sueño de la imagen tan completa de un universo que verdaderamente incluye al teorizador-observador en el acto de describir el universo”. (1990: 5)

Putnam también ha insistido en que su crítica actual al realismo científico no supone una desvaloración de la ciencia en cuanto tal, sino su inclusión dentro de una visión eminentemente pluralista respecto de los modos diversos en que el ser humano ‘crea’ su acceso cognitivo al mundo. No se trata entonces, según él, de restar importancia al tipo de ontología realista reconocida como supuesto implícito de las ciencias, pero sí de evitar la creencia de que la expresión ‘imagen científica’ de la realidad entraña un rango de autoridad epistémica mayor que la que cabría esperar, por ejemplo, de una ‘imagen moral’ del mundo. Ambas imágenes son de factura humana, y justo por eso se ofrecen en una diversidad de presentaciones culturales que han de valorarse por sus propios méritos o carencias, así como de acuerdo a los *finés humanos* que buscan realizar, y no por comparación con una supuesta Verdad Científica (o Moral) Última del Universo.

c. *Realismo natural*: lo característico de esta posición es que con ella Putnam desea recuperar una actitud hacia la realidad lo menos cargada posible de sofisticación metafísica y barroquismo

epistemológico. Sin embargo, explica Putnam, en ella se conservan todavía varios elementos internalistas, “el negar que la realidad dicte una única descripción y la concepción del hecho y el valor como interrelacionados antes que separados son tan centrales para mi pensamiento ahora como lo fueron entonces [es decir, durante la etapa *más* internalista]” (1997: 199). Empero, tales ideas se complementan ahora, debido a la influencia de William James, con una visión más crítica del problema de la percepción y, en especial, de la teoría representacional de la mente. Esa es, por cierto, la concepción de lo mental que Donald Davidson ha descrito críticamente como la idea de la mente como un teatro, uno en cuyo escenario ‘aparecen’ no “los objetos ordinarios del mundo que el ojo exterior registra y el corazón ama, sino sus pretendidos representantes [apariencias, datos sensoriales, *qualia*, etc., A.R.R.]” (Davidson 1992: 147)⁵

Es que en efecto, en el centro del realismo natural está la propuesta de sustituir una concepción recibida acerca de la percepción por otra que haga justicia a la experiencia elemental o natural—del “hombre de la calle”, como gusta decirlo Putnam— de ‘conectar’ directamente con las cosas. Así lo expone Putnam: “La imagen de la percepción que critico podría ser llamada la ‘imagen de la imagen’ o la ‘imagen interfaz’, porque muestra la percepción no como una conciencia de las cosas en un medio y sus propiedades, sino, en última instancia, como una conciencia de *imágenes dentro de nuestras cabezas*. La percepción se transforma así, de acuerdo con esta imagen, no en un medio de acceso al mundo sino en una interfaz entre nosotros y el mundo (una interfaz a partir de la cual debemos hacer ‘inferencias’ con respecto a lo que hay ‘ahí afuera’ altamente problemáticas).” (Putnam 2000: 15)

Otro de los defectos más graves del realismo interno fue su excesiva concentración en el aspecto moderadamente ‘idealista’ del conocimiento. Ahora se trata más bien de reconocer o revalidar la importancia de la creencia ‘natural’ en una realidad independiente. En contra del relativista o constructivista extremo reafirma Putnam que *el mundo no es un producto del lenguaje o de la cultura*. Aunque eso sí, nociones filosóficas o

científicas acerca de los *hechos* de la realidad sí que son producto o resultado del modo en que desde el lenguaje y la cultura se ‘negocia’ con ciertas regularidades extra-mentales. (Ibid: 55-56) La importancia de lo anterior para la evolución putnamiana del realismo interno al natural, estriba en que, desde las enseñanzas de James, Putnam sometió a una severa autocrítica viejas ideas internalistas en torno, por ejemplo, a las “situaciones epistémicas suficientemente buenas” requeridas para asegurar la conexión (dentro de un determinado esquema conceptual), entre la mente y la realidad “de fuera”. Según Putnam, el internalismo dejó sin explorar las posibilidades que el realismo natural, de inspiración pragmática, ofrecía para la consolidación de un auténtico “realismo con rostro humano”. La percepción directa de las cosas entraña ahora la idea, para Putnam, de que las cosas pueden ser *plenamente experimentadas* en distintas circunstancias, sin necesidad de asumir que son meras “afecciones de nuestra subjetividad.”

5. Ciencia, realismo y falibilismo

En esta sección y la siguiente se trata de realizar un sucinto balance de los argumentos presentados, con el propósito de indagar cuánto han contribuido a esclarecer el tema bajo estudio y a apoyar dos supuestos centrales de este trabajo. Estos rezan así: (i) no hay duda de que la crítica de Putnam al científicismo debe estimarse como un esfuerzo noble y necesario dentro de la actividad filosófica contemporánea. *Pero*, (ii) no se considera pertinente ni justificada la agresiva crítica generalizada de su parte al realismo científico en tanto que supuesto vehículo por excelencia de la ideología científicista. Al contrario de lo que Putnam insinúa más o menos explícitamente en numerosos trabajos, aquí se piensa que *el científicismo no es un ingrediente consustancial, aunque sí puede estar presente en algunas de sus variedades, de la imagen realista científica acerca del mundo*.

De hecho, como ya se mostró, la insistente polémica de Putnam con el pensamiento de un autor, Quine—que no cabría calificar sin más de

'realista'—, como ejemplo destacado del contagio científicista, indica que él mismo se inclina a visualizar la amenaza científicista más en el campo neopositivista o empirista que en el propiamente realista científico. Además, ya se mostró también cómo la crítica de Putnam a Quine pasa por alto elementos en la teoría de éste último que sugieren una visión científicista no tan global como la que él le endilga. Mientras que el susodicho punto (i) no parece necesitar una argumentación más prolija y contundente de la que ya ha sido objeto por parte de diversos autores, el (ii) sí requiere un comentario y discusión más pausados. A esta tarea se abocarán los argumentos finales del trabajo.

Si bien hasta dónde se ha podido determinar, Mario Bunge no es un autor tomado en cuenta por Putnam en sus escritos, vale la pena mencionarlo pues este filósofo expone un tipo de pensamiento que sí rima perfectamente con lo que es la imagen putnamiana del realista científico = científicista. Después de caracterizar formas que podrían calificarse de más primitivas de realismo, como el ingenuo e incluso el crítico, Bunge arriba a su favorito, el científico. En efecto, el realismo científico representa, para la versión bungeana, "la variedad del realismo crítico según la cual la ciencia proporciona el mejor conocimiento de la realidad, aun cuando sea imperfecto." A continuación, Bunge introduce una tesis con el propósito de distinguir al realismo científico de otros tipos de gnoseología, lo interesante es que dicha tesis puede ser llamada, según él, "*cientificismo*": "es la tesis de la supremacía de la ciencia por sobre todos los demás tipos de conocimiento: ordinario, artístico, místico, etc." Luego, Bunge da a entender que dicha supremacía se asienta en la envidiable combinación de razón y experiencia alentada por el realismo científico. Es más, los magníficos productos de esta variedad gnoseológica son nada menos que "la teoría científica dotada de formalismo matemático" (por parte de la razón) y (por parte de la experiencia) "el experimento diseñado, controlado e interpretado con ayuda de teorías científicas." (Bunge 1985: 44)

Lo que importa aclarar es que una postura naturalista y reduccionista tan extrema como la de Bunge es más bien rara en la filosofía contemporánea de la ciencia. Es que es inusual hallar un

autor para quien el epíteto de 'científicista' resuena con ecos tan positivos que se contrastan favorablemente con los provenientes de perspectivas etiquetadas de oscurantistas, ya sea por anti- o no lo suficientemente científicas o materialistas. Así que, por un lado, si hay algún autor hacia el cual Putnam podría dirigir con más acierto y provecho sus baterías internalistas, ese sería Bunge y no tanto Quine. De otro lado, siendo el realismo científico-científicista bungeano un caso más bien *sui generis* en el panorama actual de la filosofía, habría que volver la mirada a formas menos radicales de naturalismo filosófico con el objetivo de fortalecer el susodicho supuesto (ii) de este trabajo.

Partiendo de lo recién señalado, resulta extraño que Putnam no se haya percatado de la presencia de otras versiones *tan* moderadas de realismo científico (muy similares a la propugnada hace muchos años por él mismo) que bien podrían traslaparse con su propia perspectiva internalista. Nicholas Rescher es un filósofo (que por cierto tampoco aparece en el catálogo más o menos restringido de favoritos putnamianos) representativo de una de esas versiones más modestas o autocríticas de realismo científico, una, como además se mostrará, para nada afín a la, para Putnam, odiosa ideología científicista. Repárese brevemente en algunas de las propuestas que Rescher ha venido lanzando, desde hace muchos años, desde una personal óptica realista, mitigadamente relativista y falibilista.⁶

El enfoque de Rescher aspira constituir un punto medio entre el antirrealismo del instrumentalismo y una versión 'dura' de realismo científico. Ambos extremos fallan, según él, a la hora de dar cuenta de lo que realmente sucede con la actividad investigadora de la ciencia. El primero fracasa porque es falso que la ciencia busque proponer únicamente ficciones sobre simples fenómenos o apariencias, el segundo, por cuanto también es falso que las teorías científicas logren acoplarse a la perfección con los distintos componentes de la naturaleza. Rescher propugna una versión de realismo "que ve la ciencia no como *describiendo* realmente la realidad, sino como *estimando* meramente su carácter." (Rescher 1987: xiii) Para darse plena cuenta de lo anterior,

basta con mirar el precario equilibrio cognitivo alcanzado por la ciencia en su desarrollo histórico. En tanto que producto humano, la ciencia no está en capacidad de ofrecer una imagen definitiva de la realidad física, a salvo de correcciones futuras: "Parece ser el destino inevitable de la física que sus practicantes en cada generación estimarán las teorías de una época anterior como equivocadas, tan llenas de errores de omisión como de comisión." (Ibid: 8)

Tomando en cuenta lo antedicho es que Rescher impulsa asumir una versión más cauta de realismo, ejemplificada en lo que él llama un realismo de "libro de texto". Esta versión procura colocarse a mitad de camino entre los extremos de un "ingenuo realismo científico" y un "escéptico falibilismo científico". Al parecer lo logra, por cuanto declara que si bien es cierto la ciencia actual, en sus diversas áreas, siempre requerirá corrección, revisión y complemento, ello no obsta para considerar que ofrece, aquí y ahora, un cuadro bastante correcto de la realidad en sus contornos aproximados. Pese a reconocer que las teorías no podrán agotar jamás la riqueza de los procesos naturales, se puede confiar —por lo que también ha mostrado la historia de la ciencia— en que sí proporciona, al menos, "la idea correcta general". Así, el cauto realismo de libro de texto permite reconciliar dos hechos que marcan la actitud ambivalente ante el conocimiento científico. Con palabras de Rescher: "de un lado, no podemos afirmar que la ciencia natural como está describe la realidad correctamente, pero de otro lado, no podemos simplemente despacharla como no informativa del todo acerca 'del modo en que es el mundo.'" (Ibid: 64)

Rescher califica también al tipo de realismo por él impulsado como "realismo relativizado". El término se refiere al carácter autocrítico que el proponente de dicha posición asume respecto del conocimiento científico, es decir, respecto de la tensión entre elementos realistas y relativistas que inevitablemente lo informa. Lo más interesante de todo esto desde el punto de vista del presente trabajo, es que con el realismo científico relativizado, falibilista o atenuadamente escéptico alentado por Rescher, se llega a conclusiones sorprendentemente afines a las alcanzadas por el

realismo pragmático, con rostro humano, interno o natural putnamiano. Como dice Rescher: "Hay, ciertamente, una realidad independiente de la mente, pero el acceso cognitivo hacia ella está siempre condicionado por la mente. Todo lo que podamos conocer de la realidad está mediado por concepciones que reflejan *cómo nos afecta esta realidad* (...) Así, la posición resultante es una de relativismo que sostiene que 'nuestro conocimiento' del mundo refleja siempre en alguna medida las circunstancias de ser *nuestro* conocimiento del mundo. No es que la ciencia natural no pueda cumplir pretensiones válidas de realismo, sino que la realidad de nuestra ciencia es una realidad característicamente *humana*." (Ibid: 95-6)

En el texto que acaba de citarse se desvela una importante afinidad de Rescher con el "realismo con rostro humano" putnamiano, porque allí donde aquél escribe sobre las *circunstancias* que determinan el conocimiento de la realidad, Putnam lo hace en forma muy semejante (incluso en el tono pragmatista) sobre las *necesidades* humanas concretas que también mueven a la elección de ciertas imágenes del mundo. Porque no hay, *a priori*, una imagen o versión privilegiada que decreta todo lo que hubiese que saber acerca de un campo cognitivo particular: "no se tiene por qué creer en una única *mejor* versión moral, o en una única *mejor* versión causal, o en una única *mejor* versión matemática; lo que tenemos son *mejores* y *peores* versiones, y en esto consiste la objetividad." (Putnam 1994: 147-8)

6. Conclusiones

Todos los argumentos reunidos en secciones anteriores, pueden ser articulados alrededor de tres puntos finales que pretenden apuntalar el supuesto (ii), indicado al comienzo de la quinta sección. Los tres han sido desarrollados de forma más o menos explícita en el transcurso del trabajo, por lo que ahora sólo se expondrá de modo muy escueto su contenido esencial. Primeramente hay que recordar que la perspectiva general de este ensayo simpatiza con el deseo putnamiano —pero presente también, como ya se vio, en otros

autores recientes como Rescher y Olivé— de alertar sobre los peligros (teóricos y prácticos) de rendirse a la mentalidad científicista o reduccionista sin más. El núcleo del actual reduccionismo científicista se concentra en el intento, según Putnam, “de reducir las nociones epistémicas a las no epistémicas”; así, en el caso del positivismo lógico, el reduccionismo se expresa en la primacía conferida a nociones sintácticas, mientras que en tendencias relativistas o historicistas, defensoras del punto de vista de la “cultura local”, en la otorgada a ideas antropológicas y estructuralistas (cfr. Putnam 1983: 290). Sobre la importancia de dicha intención no deberían asaltar dudas, como tampoco en torno a lo adecuado de la exhortación pluralista putnamiana por la tolerancia y ‘convivencia pacífica’ entre esquemas conceptuales diversos.

En segundo lugar, la crítica de Putnam a Quine, de la que en buen grado se deriva la imagen de este último como el gran responsable por reavivar el científicismo en tiempos de post-positivismo, no es del todo justa o justificada. Una de las consecuencias de lo esbozado en la tercera sección, fue que al menos habría que examinar con mayor cuidado si no es que el presunto científicismo quiniiano tendría consecuencias sólo para la filosofía, en tanto que podría dejar intacta la validez o legitimidad cognitiva de otras formas culturales, como el arte y la religión. Por eso es que ya se señaló cómo la crítica putnamiana al científicismo tendría mayor justificación y fecundidad si se enfocara a un autor como Bunge, quien sí parece haber cabido sin problemas en el molde realista científico-científicista.

En tercer lugar, es fundamental insistir en que las invectivas que Putnam lanza contra la perspectiva realista científica *plus* científicismo, pierden fuerza al ser confrontadas con ideas de filósofos realistas ‘concretos’, como ya se mostró en relación con las de Rescher. Así, por ejemplo, si se examina el realismo científico al tenor de los supuestos defendidos por ese último autor, se tiene que tal enfoque filosófico no tiene por qué ser incompatible con la existencia de una multiplicidad de esquemas conceptuales o imágenes diversas de la realidad (como lo promueve el mismo realismo putnamiano), cada uno válido y respetable

en su propia esfera de acción. Al interior del enfoque realista científico moderado de Rescher, es posible hacer converger tanto el respeto hacia la ciencia natural, “soberana” en su ámbito particular de competencia, como hacia “otros sectores de la esfera cognitiva”. Parafraseando para concluir a dicho autor, hay que decir que aunque “en su propia provincia la ciencia conserva la supremacía”, “el terreno” por ella cubierto “está lejos de incluirlo todo.” (1999: 114)⁷

Notas

1. El tema del científicismo en conexión con la filosofía de la ciencia putnamiana, ya aparece como trasfondo de los argumentos en Rosales Rodríguez 2002a y 2002b, pero no pudo ser desarrollado en esos ensayos con la extensión y detenimiento que merecía, de ahí la necesidad de ahondar su estudio en este trabajo dedicado específicamente a él.
2. Ahora bien, del propio realismo interno putnamiano Craig Dilworth ha dicho (como Putnam de Quine) que es, en el fondo, un heredero de la misma tradición empirista lógica que su autor critica. Cfr. “Empiricism vs. Realism: High Points in the Debate During the Past 150 Years”, *Studies in History and Philosophy of Science*, V. 21, N. 3 (1990), 460.
3. Véase una detallada crítica a Quine siguiendo esos lineamientos en P. K. Moser, D. H. Mulder y J. D. Trout. *The Theory of Knowledge. A Thematic Introduction*. New York & Oxford: OUP, 1998, 32-4. Por lo demás, en ese mismo trabajo también se aquilatan los méritos de otras modalidades, no científicistas, de epistemologías naturalizadas, especialmente la propuesta por P. Kitcher, cfr. 34-6.
4. El resto de esta cuarta sección ofrece una versión modificada y resumida de lo desarrollado con anterioridad, y más ampliamente en los ensayos citados en la nota 1.
5. Esta cita no pretende sugerir una afinidad sustancial entre Putnam y Davidson acerca del tema específico del realismo. De hecho, Davidson manifiesta su insatisfacción tanto respecto del realismo interno putnamiano (que aún trabaja con base en “esquemas conceptuales”, noción para él incoherente), como del realismo metafísico, alguna vez también defendido, como ya se mostró, por el mismo Putnam. Cfr. Davidson 1992: 77.

6. Véase también la breve pero sustanciosa (y favorable) discusión putnamiana del falibilismo en un apartado de "Analyticity and Apriority: beyond Wittgenstein and Quine", incluido en Putnam 1983: 135-6.
7. El autor desea expresar su agradecimiento al colega Alexander Jiménez, por sus valiosos comentarios y recomendaciones a propósito de una versión preliminar de este trabajo.

Bibliografía

- Bunge, M. (1985) *Racionalidad y realismo*. Madrid: Alianza.
- Davidson, D. (1992) *Mente, mundo y acción*. Barcelona: Paidós.
- Hakfoort, C. (1995) "The Historiography of Scientism: A Critical Review", *History of Science*, XX-XIII, 375-95.
- Olivé, L. (2000) *El bien, el mal y la razón. Facetas de la ciencia y de la tecnología*. México: Paidós / UNAM.
- Putnam, H. (1975/1979) *Mathematics, Matter and Method*. Cambridge: CUP, second edition.
- _____. (1983) *Realism and Reason*. Cambridge: CUP.
- _____. (1981) *Reason, Truth and History*. Cambridge: CUP.
- _____. (1988) *Razón, verdad e historia*. Madrid: Tecnos.
- _____. (1990) *Realism with a Human Face*. Edited by James Conant. Cambridge, Mass. & London: Harvard University Press.
- _____. (1994) *Las mil caras del realismo*. Barcelona: Paidós.
- _____. (1997) "A Half Century of Philosophy, Viewed From Within", *Daedalus*, Winter 1997, 175-208.
- _____. (2000) *Sentido, sinsentido y los sentidos*. Barcelona: Paidós.
- Quine, W. V. O. (1969) "Epistemology Naturalized", en: *Ontological Relativity and Other Essays*. New York & London: Columbia University Press, 69-90.
- _____. (1992) *La búsqueda de la verdad*. Barcelona: Crítica.
- Rescher, N. (1987) *Scientific Realism. A Critical Reappraisal*. Dordrecht: Reidel.
- _____. (1999) *Razón y valores en la Era científico-tecnológica*. Barcelona: Paidós.
- Rosales Rodríguez, A. (2002a) "Hilary Putnam y el problema del realismo. Primera parte". *Logos. Revista de Filosofía* (México), Vol. XXX, N. 89, 163-86.
- _____. (2002b) "Hilary Putnam y el problema del realismo. Segunda parte". *Logos. Revista de Filosofía* (México), Vol. XXX, No. 90, 193-216.
- Sankey, H. (1998) "Hilary Putnam's Internal realism", *Cogito*, Vol. 12, N. 1, 33-39.
- Sorell, T. (1993) *La cultura científica. Mito y realidad*. Barcelona: Península.
- Wellmuth, J. (1944) *The Nature and Origins of Scientism*. Milwaukee: Marquette University Press.

Amán Rosales Rodríguez
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica

Introducción

En estas páginas me propongo examinar algunos temas de la obra de W. V. O. Quine, particularmente, en lo que tiene que ver con su crítica de las presuposiciones del empirismo moderno y con las consecuencias que se siguen de dicha crítica. Pretendo mostrar, cómo, a pesar de Quine, la recesión de un empirismo ligado a los "dogmas" —el de la crítica distinción entre lo analítico y lo sintético y el de la reducibilidad— podría ser igualmente (aun mejor) interpretada, no como

de las que se han dado en llamar "dogmas" —algunos de los cuales, como el de la distinción entre lo analítico y lo sintético, son "empíricos", por no decir "científicos"—, sino como una crítica ocupada en las propuestas con respecto a la posibilidad de nuestro decir — aquella zona del lenguaje que, según Quine, está en contacto inmediato con la experiencia — que pretende avanzar la idea de un "empirismo originario". Este nos enfrenta al problema, estrechamente vinculado al de la distinción analítico-sintético, de cómo dar cuenta del cambio